

Marisa Negri: “Con la apertura democrática del ’83, la calle era una fiesta”

Entrevista realizada por Rolando Revagliatti

Marisa Negri nació el 24 de junio de 1971 en Buenos Aires, capital de la República Argentina, y reside desde 2011 en el Delta, partido de San Fernando, provincia de Buenos Aires. Es Maestra Especializada en Educación Primaria, Profesora de Castellano, Literatura y Latín, formada en Especialización en Educación por el Arte (Instituto Vocacional de Arte), con posgrado en Arteterapia (Universidad Nacional de Arte) y postítulo en Escritura y Literatura en la Escuela Secundaria. Es Bibliotecaria Escolar, cursa la carrera de Bibliotecóloga y se desempeña desde 1990 en la educación pública como Profesora de Literatura. Desde 1995 a 2005 coordinó el Taller “El Revés del Cielo” en la Municipalidad de Zárate, provincia de Buenos Aires. Junto al músico Alejandro Dinamarca tuvo a su cargo talleres de Arteterapia para adultos mayores. Desde 2010, con Alejandra Correa coordina el programa “Poesía en la Escuela”. Organizó concursos de plástica y literatura y participó en mesas de lectura en Festivales de poesía de su país, Chile y Perú. Efectuó investigación, compilación y prólogos (además de ser la coordinadora editorial de la Biblioteca Isleña) para volúmenes de Ediciones en Danza. En co-autoría con Alejandra Correa (en todos los casos) y con Javier Galarza, se difundieron artículos sobre didáctica y poesía en la escuela, tanto en revistas como en libros. En 2009 se publicó su antología de la obra de Olga Orozco titulada “*El jardín posible*”; en 2010, en edición bilingüe (castellano-alemán), su antología de la misma poeta, la cual prologó, “*En la rueda solar*”, presentada en el Centro de Arte Moderno de Madrid; y en 2012 su antología de los artículos periodísticos de Olga Orozco: “*Yo, Claudia*”. Entre 2003 y 2016 fueron socializándose sus poemarios “*Caballos de arena*”, “*Estuario*”, “*Las sanadoras*”, “*Nautilus*” y “*Hebra*”.

1 — La punta del ovillo.

MN — Nací un 24 de junio de 1971. Solsticio de invierno y fecha sagrada para muchos pueblos originarios. Día de fogatas y quemadas, de dejar ir lo viejo y reafirmar la fe en la oscuridad. Cuentan que mi madre iba maquillada y con su mejor vestido porque habían salido a cenar con unos amigos y sobrevino el parto.

Crecí en Villa Amelia, una pequeña localidad del conurbano bonaerense. Mi padre tenía taller y agencia de autos, mi madre trabajaba de secretaria en una fábrica. Tengo dos hermanos que heredaron el oficio de mi padre.

No puedo fijar la infancia en un solo lugar. He pasado mucho tiempo en casa de mi abuela Paula, modista, urdiendo tiendas y vestuarios para mis muñecas, debajo de las sillas, con las telas maravillosas que me obsequiaban las clientas, o recortando personajes de las revistas e inventándoles historias que escribía en un cuaderno de tapas rojas.

Durante los primeros veranos veníamos a Nautilus, la casa de la isla. Nos gustaba nadar, pasear en lancha y explorar el monte hasta donde nos permitían las lianas y las

espinas de la zarzamora. Pablo, mi hermano mayor, abría el paso con el machete y yo lo seguía hasta la panadería abandonada en donde tallábamos nuestros nombres con algún carbón robado en la cocina. Pronto, a este paraíso, llegaron las primeras lecturas. Bajo un mosquitero de algodón que mi padre colgaba de las casuarinas construí mi reino de palabras. “*Sandokán*” de Emilio Salgari, “*Los tres mosqueteros*” de Alexandre Dumas, “*Veinte mil leguas de viaje submarino*” de Julio Verne, “*Fabiola o la iglesia de las catacumbas*” de Cardenal Wiseman, “*Papaíto piernas largas*” de Jean Webster..., toda la Colección Billiken desfiló por esa tienda.

No había aún luz eléctrica en el delta. Al atardecer, cuando los mosquitos volvían insoportable el exterior, subíamos a la casa a encender las lámparas. Jugábamos al chinchón y comíamos tortas fritas; sentada en mi lugar preferido de la casa, anotaba minuciosamente las aventuras de ese día en mi cuaderno y sabía que habría de ser maestra y viviría en esta casa.

En algún momento que no puedo precisar, mis padres comenzaron a llevarse muy mal y nosotros, los hijos, sin ser muy conscientes de eso, tomamos partido. Desde entonces y hasta que pudimos reconciliarnos con la publicación de “*Estuario*”, fui la “hija de mi padre”.

Comencé el secundario con la apertura democrática del ‘83. La calle era una fiesta, había recitales gratuitos casi todos los días y busqué amigos mayores para que me permitieran salir en grupo con ellos. Escuchaba a Tom Lupo en la radio, en el programa “Submarino Amarillo”: por ahí se coló la poesía. Pink Floyd y Luis Alberto Spinetta fueron mis primeros descubrimientos. La necesidad de escribir y comunicarme era inmensa, “*lejos de la paciencia de las familias*”, como decía un verso de Enrique Molina que había escrito como santo y seña en la puerta de mi habitación infranqueable, llegué a cartearme con setenta personas a través de las direcciones que conseguía en la radio o en las “Cantarock”. A través de esas cartas y de la música se abrió un nuevo sistema de lecturas; leí a Carlos Castaneda y Antonin Artaud por Spinetta, a Olga Orozco por Molina, a Alejandra Pizarnik por Orozco, a Julio Cortázar por Pizarnik. Participé de un taller literario en la escuela donde escribí mis primeros poemas, canté en una efímera banda de rock que versionaba a Serú Girán y compuse algunas canciones.

En 1989 militaba en la juventud franciscana. Queríamos cambiar el mundo. Los domingos íbamos al Instituto de Menores “Riglos”, a jugar con los chicos internados allí; cuando se profundizó la crisis económica salimos a pedir a los comerciantes materia prima para cocinar en la capilla y la gente podía pasar con su olla al mediodía para llevar algo de comer a su casa. Entendí la diferencia entre caridad y solidaridad. Ahora que me siento tan lejos del catolicismo, sigo viendo en San (no sea cosa que se interprete como el papa Francisco) Francisco y en su doctrina algo verdadero, una mirada de convivencia con las criaturas del mundo que celebro y respeto.

La adolescencia terminó abruptamente ese año, nos fuimos de vacaciones al sur con ese grupo y volví embarazada de Juan, mi hijo mayor. Me casé y me fui a vivir a Zárate. La crisis nos había arrebatado la lancha y con ella la posibilidad de seguir yendo a la isla. Zárate puso distancia entre todo lo que formaba parte de mi mundo y yo. Pasarían años para despertar e ir en busca de lo que me pertenecía.

2 — Por ejemplo, aquello que habías pronosticado: “y viviría en esta casa”.

MN — Creo en lo que el poeta Jorge Leonidas Escudero llamaba “el palpito”, esa primera impresión de las personas o los acontecimientos que después olvidamos pero contiene una verdad que más adelante va a confirmarse. A los once años extravié mi

documento de identidad y bastante tiempo después lo encontré en la casa de la isla. En ese gesto involuntario está “el llamado a la aventura”, ése y no otro era mi camino.

Necesité olvidar la isla para vivir en la ciudad, pero comencé a tomar clases con Alberto Muñoz y a trabajar en Ediciones en Danza con Javier Cófreces, justo cuando ellos escribían “*Tigre*”, la obra más importante sobre el delta.

Me resistí, estuve en julio del 2010 en España y comencé a ahorrar dinero para quedarme a vivir allí; llegó el verano y con unos amigos alquilamos una casa en el río Carapachay. Allí tuve un sueño premonitorio y decidí ocuparme de este lugar abandonado por mi familia hacía tantos años. El palpito se confirmó cuando el vecino que construyó el muelle me proporcionó el primer presupuesto para la madera: era la cantidad de dinero exacta que había ahorrado.

3 — Has conocido y tratado personalmente a quien obtuviera en 1998 el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe “Juan Rulfo”, la pampeana Olga Orozco (1920-1999). Y a otro pampeano notable, Juan Carlos Bustriazo Ortiz (1929-2010). Y a ese sanjuanino —que ya has citado— con mucha obra, publicada a partir de sus cincuenta años, y gran reconocimiento: Jorge Leonidas Escudero (1920-2016).

MN — La presencia de Olga en mi vida ha sido constante desde muy temprano. Compré una antología suya del Centro Editor de América Latina en la adolescencia, junto con “*Hotel pájaro*” de Enrique Molina. Fueron mis dos primeros libros de poesía. Claro, por entonces me costaba pensar que esas personas vivían y ofrecían recitales. Llevaba a todas partes esos libritos de bolsillo, atormentaba a mis amigas leyéndoles esos poemas.

En 1997 residía en Zárate, me había separado y tenía dos hijos pequeños. No tenía mucho contacto con “la capital”, eran años de vacas flacas y alquileres altos. Supe por un diario que Olga iba a leer en el Instituto de Cooperación Iberoamericana (actualmente CCEBA) y allí fui. Lloré durante toda la lectura y Jorge Boccanera me prestó su pañuelo. Él fue quien me la presentó. Entonces le entregué lo único de valor que tenía para darle: mi juego de runas. Ella me extendió un papelito con su teléfono y me dijo: “*Niña, venga a mi casa a tomar el té, que usted y yo tenemos que hablar*”.

Sigo en diálogo con Olga, me acompañan sus talismanes, sus consejos y la extensa obra periodística que escribió con diferentes seudónimos para la Revista “*Claudia*”. Vuelvo a esos textos cada vez que lo necesito y es así como el diálogo continúa.

Cuando comencé a estudiar literatura tenía altas expectativas con respecto a la formación poética. Pronto me di cuenta que la poesía y la academia, al menos en esa época y en ese lugar, no se encontrarían nunca. Fueron los festivales, las lecturas, o los amigos poetas quienes nutrieron esa sed. Así fue con Orozco y tiempo después con Bustriazo y con Escudero.

A Juan Carlos Bustriazo Ortiz lo conocí a través del querido y generoso poeta Sergio De Matteo. Fue él quien lo llevó al “Flamenco Bustriz” (así lo llamaban) a la presentación de “*Estuario*” en la Casa Museo Olga Orozco, de la ciudad de Toay, donde Olga naciera. Su poesía deslumbrante y chamánica me interesó vivamente, al punto que cambié mis planes de viaje y acompañé a De Matteo y a Bustriazo al Festival Internacional de Poesía de Rosario, en donde se realizó un reconocimiento a la trayectoria del poeta.

El encuentro con Jorge Leonidas Escudero fue en su casa. Le realizamos una entrevista junto a Javier Cófreces (la encontrarán en mi canal de Youtube). Pasamos el día con él y sus hijas y por la noche fuimos juntos al Casino. Era mi primera vez y al poeta lo entusiasmaba la posibilidad de que eso le diera suerte. Volví a verlo al año siguiente para la presentación de su *“Poesía completa”*. Chiquito, como le decían sus amigos, era un ser humano excepcional, un hombre que comenzó a escribir cuando el cuerpo ya no le dio para seguir escalando los cerros en busca de piedras; entonces se dedicó, como él decía, a *“buscar el oro de la palabra única”*.

4 — ¿Qué decir, Marisa, de <http://pajarodemimbre.blogspot.com.ar/>, cultura isleña?

MN — Me gustan los blogs; tengo unos cuarenta que he alimentado con más o menos asiduidad desde 2004. Algunos son de lectura restringida y otros sólo los puedo ver yo y los uso para recopilar material sobre temas que me interesan (pájaros, trenes, el antiguo delta, etc.). En el caso de *pájaro de mimbre*, surgió a través de la Beca del Fondo Nacional de las Artes de investigación sobre poesía isleña. Colectar, reunir, antologar y difundir son tareas que siempre me dan placer. Fue también nuestro modo de habitar este lugar, ya que lo llevamos adelante junto a Gabriel Martino. Gabriel y yo nos conocimos en 2012 y el amor unió nuestras vidas y nuestros proyectos. Juntos construimos esta casa, juntos estudiamos bibliotecología, juntos coordinamos talleres y trabajamos en la Biblioteca Genoveva, hacemos libros, viajamos... Como diría Roberto Arlt, Gabriel es alguien que a fuerza de vivir en el delta *“adquirió la ciencia de las cosas”*; tiene un talento enorme para escribir, pintar, dibujar, esculpir, trabajar la madera. Se necesita una singular capacidad para vivir en el delta y no depender de nadie. Es él quien se ocupa de mantener a raya a las alimañas, a la vegetación que crece sin fin; también es quien fabrica nuestros muebles y repara lo que se rompe. Es un lector apasionado, sobre todo de literatura medieval italiana. Mantiene un blog de traducciones: <http://italianoalabartola.blogspot.com.ar/> y uno en donde homenajea a su escritor favorito, el chileno Adolfo Couve [1940-1998].

5 — Si una iniciativa hay que no deberíamos saltarnos en una conversación que propende a darte a conocer del modo más amplio, es la de creadora, al menos en nuestro país, de Bibliolanchas en Red.

MN — El trabajo en red es el tipo de interacción comunitaria que, de todos los posibles, más me interesa. Así sucede con Poesía en la Escuela (poetas y docentes de todo el país que año a año realizan el festival en sus escuelas) y también con Bibliolanchas en Red, que reúne a tres comunidades rurales de tres países que cuentan con una bibliolancha: Quemchi en Chiloé, Villa Victoria sobre el Río Putumayo, en Colombia y el delta de San Fernando tienen mucho en común; atienden poblaciones con necesidades similares y une a sus proyectos los mismos ideales: llegar con la palabra a los lugares más aislados, convidar a la lectura de materiales cuidadosamente elegidos, retomando una frase de Gianni Rodari [1920-1980] que siempre nos acompaña: *“El uso total de la palabra para todos me parece un buen lema, de bello sonido democrático. No para que todos sean artistas, sino para que nadie sea esclavo”*.

En 2018 nos proponemos escribir un libro de mitos y leyendas junto a los niños y jóvenes y luego editarlo en los tres países. En Argentina contamos para eso con el apoyo de la CONABIP (Comisión Nacional de Bibliotecas Populares).

6 — Qué intereses te rondarán o habrán rondado en el área de lo artesanal.

MN — La labor artesanal implica un uso diferente del tiempo. Me importa sobre todo eso, no tanto el producto en sí, sino el estado de bienestar que me genera estar tejiendo o bordando, o pintando con acuarelas. No hay un fin comercial ni una pretensión artística. Hace poco aprendí a trenzar canastos de sauce y palmera. La sensación de estar en un círculo de mujeres que tejen es poderosa. El bordado vino con la escritura de *“Hebra”*. Soñé con la frase “tejedoras de Dalcahue” y allí se inició la investigación sobre las tejedoras de diferentes zonas, sus herramientas y procedimientos, el sentido de sus diseños. Tuve que pasar esa experiencia por el cuerpo y convertirme en tejedora para terminar el libro.

7 — ¿De cuál o cuáles siguientes tres citas te percibís más próxima?: Gilles Deleuze: “Hay que ser bilingües incluso en una sola lengua, hay que tener una lengua menor en el interior de nuestra propia lengua, hay que hacer un uso menor de nuestra propia lengua.” Ernesto Sábato: “Poderío del Lenguaje”: “La riqueza del lenguaje podría ser medido por el número de las palabras, pero no su poderío. Hay escritores que se arreglan con un vocabulario restringido, pero que sacan matices y partido del que tienen, por la maestría en la colocación: pueden no tener o no querer tener piezas, pero tienen posición. Como en el ajedrez, una palabra no vale por sí sola sino por su posición relativa, por la estructura total de que forma parte. Sólo un escritor mediocre puede desdeñar ciertas palabras, como un mal jugador de ajedrez desdeña un peón: no sabe que a veces sostiene una posición.” Emmanuel Kant: “El sueño es un arte poético involuntario.”

MN — La búsqueda de un lenguaje propio, de esa lengua menor de la que habla Deleuze es la única tarea posible para quien escribe. Creo en el oficio, en la orfebrería de la corrección, palabra a palabra para ir tras esa lengua propia que, por supuesto, es inalcanzable. Sin embargo, en el origen de cada poema, al menos en mi caso, está el sueño, la visión, el relámpago; luego la tarea consiste en traducir esos fragmentos.

8 — En 2015, junto a Javier Cófreces, tuviste la responsabilidad de ocuparte de las obras poéticas de Carlos Enrique Urquía (1921-2003) y de Juan José Ceselli (1909-1982).

MN — Compartimos con Javier ese deseo de hacer justicia a los buenos libros, a tantos poetas que por razones de mercado editorial están fuera del canon y es necesario volver a leer. Ese es uno de los objetivos de Ediciones en Danza. Al recorrer el catálogo del sello no quedan dudas del enorme despliegue que ha realizado Javier como editor de poesía argentina. Tuve la suerte de participar en los volúmenes de los autores que mencionás. Mi tarea fue rastrear las ediciones originales difíciles de conseguir, tipear los textos, y en el caso de Urquía resolver el tema de los derechos.

Urquía es un poeta que adscribe al creacionismo; los cuatro libros sobre el delta que compilamos en “*La isliada*” reflejan ese cruce entre la creación pura y la cercanía con el paisaje y sus habitantes.

Ceselli es un *rara avis* de la generación del ‘40. Un hombre que abandonó todo por ir detrás de los surrealistas. Su obra es bella y violenta, desmesurada y cósmica.

9 — En 2004 se publicaron dos antologías: “*Un camino en la selva, un paso a la libertad*” (a cargo del chileno Ramón Quichiyao (1951-2017), y “*Al filo del gozo*”, de las escritoras mexicanas Marisa y Socorro Trejo Sirvent, y cuyo eje es el erotismo.

MN — La antología chilena formó parte de un Encuentro Binacional llamado La Ruta de Neruda, en el que desde 1999 un grupo de poetas de ambos países, Chile y Argentina, rememora el paso por la selva, desde Futrono a San Martín de los Andes, que realizara Pablo Neruda al ser perseguido por razones políticas.

Participé en 2004, junto al poeta platense Emiliano Cruz Luna y los chilenos Ramón Quichiyao, César Uribe, Jaime Huenún, Jaime Valdivieso, Bernardita Hurtado Low y Jaime Quezada, de ese recorrido que incluyó lecturas en escuelas rurales, el cruce del lago Maihue y la visita de la hacienda en donde el poeta escribió parte del “*Canto General*”.

En el caso de la antología mexicana, Marisa y Socorro Trejo Sirvent realizaron la convocatoria a fin de presentar el libro en el Encuentro Internacional Mujeres Poetas en el País de las Nubes, de Chiapas, e incluyeron un poema de “*Caballos de arena*”.

10 — Participaste con una serie de haikus de la muestra “Satori” en la galería de arte contemporáneo “Masottatorres”. ¿También en otras muestras participaste?

MN — “Masottatorres” fue un espacio de arte contemporáneo que replanteó los vínculos entre las obras, los artistas, los aprendizajes y el público. Desde que abrió sus puertas en 2007 fue concebido como una red que tendía vínculos entre diferentes disciplinas artísticas. Allí participé escribiendo haikus para las fotografías de la muestra “Satori”, seleccionando poemas que acompañaron la muestra “Erótica” y también coordinando cursos de poesía y vanguardias junto a Javier Galarza.

En “Masottatorres” presentamos además “*Estuario*” en 2008, “*El jardín posible*”, mi antología de Olga Orozco, y “*Yo, Claudia*”, la obra periodística de Orozco en la Revista “Claudia”, con una performance que incluía un living de los años setenta y disfraces para fotografiarse con el libro.

11 — ¿Y “*El jardín de las estrelicias*”?

MN — También nació en “Masottatorres”. Fue un intercambio con la genial artista Maggie de Koenisberg. Escribí en base a algunas de sus obras y ella luego pintó a partir de poemas míos. Esos poemas fueron editados por el Gobierno de la Provincia de La Pampa cuando fueron seleccionados en el Certamen Federal de Poesía “Casa-Museo Olga Orozco 2013”.

12 — Es a la isleña Marisa Negri a quien precisamente le acerco esta “inquietud”: Ricardo Piglia en “El último lector”, a partir de esa tan divulgada pregunta: “¿Qué libro se llevaría usted a una isla desierta”, considera que la misma incluye a otras dos, las cuales, apenas retocadas, te formulo: “¿Qué libro leerías si no pudieras hacer otra cosa?” y “¿Qué libro creés que te sería de ‘utilidad’ personal para sobrevivir en condiciones extremas?”.

MN — Me angustia esa pregunta. Vivo rodeada de libros, son imprescindibles para mí. Construí una vida en donde el contacto con el libro ha tenido todos los abordajes posibles; como maestra, compartiendo lecturas con mis pibes y enseñando a escribir; como bibliotecaria, desarrollando una colección relevante para el lugar en donde trabajo; como editora, sacando a la luz textos que estaban perdidos u olvidados; como poeta, escribiendo. Todo es leer y escribir. Pero vuelvo a tu pregunta. El libro que me ayuda a sobrevivir en condiciones extremas es “*Cartas a un joven poeta*” de Rainer María Rilke, y el que leería si no pudiera hacer otra cosa sería la obra completa de alguno de mis poetas amados: Arnaldo Calveyra, Orozco, Francisco Madariaga, Miguel Ángel Bustos, Escudero, Héctor Viel Temperley, Bustriazo...

13 — Entre “Caballos de arena” y “Hebra”, ¿qué fue cambiando en tu poética? ¿Tenés, tendrás, aunque no necesariamente para socializar en lo inmediato, un nuevo libro o compilación de la obra de algún autor?

MN — “*Caballos de arena*” es un libro que ha quedado muy lejos del resto. Es intimista, catártico, un poco adolescente también. Aun así es un libro querido por lo que representa en mi vida; una joven mujer con hijos pequeños, recién separada, escribiendo desde ese dolor. Más que los poemas en sí, allí cobró valor lo paratextual. Para la presentación del libro en la biblioteca del pueblo montamos una escenografía con cartas de tarot gigantes y caballos de papel; Nadia Sandrone, una talentosa amiga actriz, entraba a escena entre poema y poema jugando con agua, tierra y fuego. También toqué la guitarra y canté junto a dos guitarristas y un percusionista. Lo volvimos a presentar con gran suceso en las ciudades de Ramos Mejía y Capitán Sarmiento. De allí surgió un grupo de amigos que a veces coordinábamos talleres de educación por el arte.

Luego me mudé, comencé mis estudios de poética con Alberto Muñoz y eso lo cambió todo. “*Estuario*” fue un largo reencuentro con mi madre a partir de escenas familiares que volví a narrar tomando la idea de John Berger: “*El pasado es la única cosa de la que no somos prisioneros. Podemos hacer con el pasado lo que se nos dé la gana*”. Entonces, tomando esa licencia reescribí parte de la historia familiar.

Para “*Las sanadoras*” me alejé de lo personal; es un libro de mujeres que curan y mujeres que rezan, una exploración de esos saberes ancestrales sobre los yuyos, los huesos, las señales del cielo. Un grupo de mujeres en Balsa Las Perlas, provincia de Río Negro, lo transformó en una obra teatral. Conocí a la poeta neuquina Macky Corbalán [1963-2014] ese día, el del estreno: fue un encuentro breve y luminoso.

En “*Nautilus*” el tema es la construcción de la casa, el regreso al río y al padre. Es un libro inconcluso, pero tal vez ese sea su signo; ahora que vivo aquí, y el delta es el universo cotidiano de lanchas, y niños y perros, se desdibuja como objeto poético, forma parte de un misterio mucho mayor aún.

Con “*Hebra*” vuelven las mujeres a dominar la escena, esta vez tejedoras de distintos lugares de América, de diferentes épocas. Intenté en él recuperar esas voces,

tejer. Hay poemas que funcionan como urdimbre y otros son trama. Dos muertes y dos nacimientos queridos y cercanos sucedieron en torno a esos textos mientras escribía “*el origen y el final son una misma cuerda*”.

Lo que viene: una recopilación de “*Mitos que viajan por agua*” contados e ilustrados por niños y jóvenes de Argentina, Colombia y Chile. Formará parte del recorrido 2018 de la Bibliolancha de la Biblioteca Popular Santa Genoveva, y también del bibliobote de Villa Victoria (Putumayo, Colombia) y la Bibliolancha Felipe Navegante (Quemchi, Chiloé, Chile). También me gustaría editar la segunda parte de “*Yo, Claudia*”.

14 — ¿Ana Emilia Lahitte, Juana Bigozzi, Leda Valladares o Elizabeth Azcona Cranwell?...

MN — Sobre todo Leda. Ella, como Violeta Parra en Chile, inició un camino hacia el origen de la palabra y del canto, nos enseñó a escuchar las voces de cantores que “*con su música reajustan el universo*”.

Ella nos dice: “*Grito y canto convergen en el indio, en el negro, en el asiático o en el criollo de cualquier continente. Salen juntos, casi trenzados en el rito primero. Allí se pierden las nociones de prudencia sonora y todo está permitido si sirve para expresar, clamar, convocar, suplicar y llegar a oídos supremos. La libertad es la esencia de ese grito y el grito significa sangría, parto, develamiento de fuerzas ocultas (...) Ese canto metafísico del desamparo original, cantado con los huesos y el pellejo, exige un tímpano religioso.*”

Admiro esa determinación de Leda, que dejó su formación jazzística para seguir el canto de la tierra y adentrarnos en sus misterios.

15 — ¿Cuáles considerás que son las condiciones y atributos más relevantes en un narrador? ¿Quiénes responderían a ese modelo?

MN — No soy experta en el tema. Cuando comienzo a leer un relato y la escritura es descuidada pierdo el interés; sin embargo, cuando un cuento o novela me apasiona, lo más probable es que relea una y otra vez y en esa lectura se vaya profundizando la mirada.

Mirada la de John Berger que amo: siempre más allá de la superficie, y el inmenso abanico de otras lecturas que convida a leer. De William Faulkner su maestría para hacernos experimentar las emociones que viven sus personajes, la genial invención de Yoknapatawpha, en donde transcurren la mayoría de sus historias.

No sé si hay un modelo. Cada autor tiene sus claves y habrá algunas que no alcanzaremos nunca. Me gustan Claire Keegan, Haroldo Conti, Cynthia Ozick, Juan José Saer, Natalia Ginzburg, Carlos Domínguez, Juan José Morosoli, Irene Nemirovsky, Felisberto Hernández, por nombrar algunos: estos que ahora vienen hacia aquí y mañana podrían ser otros.

16 — ¿Cuál es tu opinión de la poesía argentina de este siglo XXI?

MN — La poesía goza de buena salud. En Argentina hay un arco poético lo suficientemente amplio como para encontrar la voz que más nos interese. Ha habido un

desplazamiento de la poesía hacia otros lenguajes, una fuerte presencia teatral, performática, audiovisual. También como lógica consecuencia de los tiempos que vivimos aparece fuertemente lo social y lo político.

La oferta editorial tuvo su apogeo en 2015, cuando se creó la Red Federal de Poesía y desde el estado se propiciaron encuentros, lecturas, compras de libros para las escuelas, apoyo a festivales y ferias en todo el país. Hoy, desfinanciados estos programas, la red subsiste de modo autogestivo y solidario.

17 — ¿Incursionaste —aparte de tus prólogos y artículos— en otras formas de escritura fuera de la poesía?

MN — Soy estudiante crónica y docente, así que mucho de mi escritura pasa también por el desarrollo de proyectos, planificaciones, breves ensayos o materiales didácticos para mis alumnos.

Llevo habitualmente diarios de viaje, bitácoras que van quedando por ahí en cuadernos perdidos dentro de mi biblioteca, y alguna vez intenté escribir una novela pero no pasé de las treinta páginas.

No creo que deba publicarse todo lo que se escribe. Durante cierto tiempo escribía dos o tres hojas diarias como un modo de “limpiar” la cabeza. También escribo muchísimas cartas.

18 — Certezas: ¿bastantes, sólo algunas o poquísimas?...

MN — Algunas. Amo lo que hago, tengo vínculos fuertes y profundos con algunas personas, creo en las fuerzas naturales, en el amor, en la amistad. Elegí vivir en esta isla pero podría haber sido también en Granada, Montevideo, Salvador de Bahía o Chiloé. Siempre habrá un deseo nómada en mi vida sedentaria. Siempre viento y raíz serán parte de mi naturaleza.

*

Marisa Negri selecciona poemas de su autoría para acompañar esta entrevista:

fénrir

*“uno entre todos un día será
quien en forma de monstruo
a la luna devore”*

edda mayor 40-3/4

fénrir
el lobo con la sangre del cielo

o el animal de gubbio
o el ojo amarillo de gmork

tantos lobos

los lobos de adentro
como la propia piedad
la detestable caridad para sí
los argumentos

de nada sirven las palabras
cuando el lobo
se disfraza de cortés
de buena gente

un beso es un colmillo
con su garra de niebla
te arranca el corazón

tarde o temprano el tiempo pasa
toda intemperie
es cicatriz

(“de “Caballos de arena”, 2003)

*

un sendero con flores de romero la lata de leche nido de la que asoma un malvón mi
madre protesta los moños desatados el vestido blanco impresentable pero la abuela me
dice yuyerita pone sobre mis brazos rodajas de papa para el exceso de sol aloe en los
raspones de las rodillas cada brizna tiene su secreto en el jardín los tamarindos entregan
sus hojas agridulces para calmar la sed y la ruda a un lado de la casa aleja la mala
conversación al mismísimo oscuro si hace falta yuyerita hay que pedirles permiso a las
plantas para que entreguen su virtud cortarlas con la mano fuerte en el nombre de san
juan esa higuera es tu árbol de nacimiento yuyerita una velita roja y tres deseos cada año
a sus pies

(de “Estuario”, 2008)

*

El bicho

El hijo del panadero mira por el rabillo del ojo
le zumba un bicho en la cocina
el Capitán debajo de la mesa

el hueso del puchero entre los dientes
la mosca sobre el hueso
El chico se ladea
una vez
otra vez

Las rodajas de jengibre sobre la tabla
Berta sobre el cuchillo
zumba el bicho
zumba zumba zumba
todos tenemos un bicho dentro de la cabeza

Quiero los duraznos de la frutera
todos
El licor de las hermanas
¿Es la voz de la mosca?
El día que subimos al techo no fui yo
fue el bicho

Los bichos tienen mil ojos
con cerrar la mitad les basta para dormir

Inventos
Ningún bicho puede hacer casa en el cuerpo

Me darán un trompo
si les llevo el bicho envuelto en alcohol.

(de "Las sanadoras", 2012)

*

Iwy Mara ey

partiremos hacia el este
un solo tronco ahuecado será la canoa
pay carabí
danos la blanca carne de los peces
días de agua mansa
semilla y barro a nuestras mujeres
piedra y hueso para las lanzas
pay carabí
que lleguemos salvos
a la Tierra sin Mal

(de "Nautilus", 2012)

*

La lana es la vida. Es el arreo con silbido y buen perro hacia la esquila y el hilado torcido para la resistencia. Los más antiguos no están y nadie quedará cuando nos vayamos yendo.

Madrecita tejía ponchos bordados que no alcancé a aprender: roble, canelo, pello pello, tenía 12 años cuando todo empezaba.

Madeja cruda teñida con barba de palo, tiene que hervir para que tome el color. El punto ceñido apacigua el viento, las agujas nunca se dirigen al pecho.

(de "Hebra", 2016)

*

Infancia

Impulsa su autito de carrera sobre el asiento que con el oleaje recorre el largo de la lancha, rebota y cae sobre las piernas de un hombre adormecido.

El niño recibe un reto suave y la madre musita una disculpa.

Pero el hombre ha sido tocado.

Ve la puerta de alambre, la cocina, el cajón de los cubiertos.

Esquiva los cuchillos y guarda tres cucharitas de metal, sacachispas.

Clava la cuchara en la masilla

clava la masilla en el plástico.

Impulsa su autito de carreras.

El niño que dormía, despierta.

(de "Delta F", inédito)

*

Entrevista realizada a través del correo electrónico: en el Delta, partido de San Fernando, y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, distantes entre sí unos 40 kilómetros, Marisa Negri y Rolando Revagliatti, abril 2018.

www.revagliatti.com

